

de las humillaciones y buscando siempre la humildad en seguimiento de Jesus y de Maria, tengamos la dicha de ir á ser engrandecidos y laureados de inmortalidad en las moradas de la gloria.



DISCURSO XVI.

Fe, con relacion á Maria Santísima.

Beata, quæ credidisti: quoniam perficientur quæ dicta sunt tibi á Domino.

Bienaventurada tú, la que creiste: porque en tí se consumará cuanto te ha prometido el Señor.

(S. Lúe., I, 45.)

Qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit; qui veró non crediderit, condemnabitur.

El que creyere y fuere bautizado, se salvará; pero el que no creyere, se condenará.

(S. Márc., cap. xvi, 16.)

MUCHO me agrada, católicos, contar casi con toda seguridad con un auditorio de creyentes; pero no me desagradaría dirigirme á una reunion de esos seres desgraciados que de todo dudan, todo lo rechazan y todo lo niegan. Quisiera que me escucharan en esta tarde esas criaturas desgraciadas que arrojan de sí toda verdad fundamental de nuestra Religion, por la futilísima pero para ellos poderosa razon de que no las comprenden: ó esas otras más desgraciadas, más miserables aun que aparentan nó creer, pero sólo con la infernal idea de no obedecer otra ley que sus pasiones ni seguir otro camino que los desacertados impulsos de su corazon. Á unos y á otros hablaría con el lenguaje hermosísimo de la misericordia divina, procurando convencerles y consolarles: á unos y á otros, prescindiendo, mediante Dios, del terrorismo de que hecha mano el que habla de su propia cosecha, obligaría á que, con la llave del amor de Dios, abriesen siquiera una vez el libro de su conciencia y registrasen y viesen cuál era

el estado de su alma. Pero ya que ellos no lo digan, vamos á contemplarlo nosotros. Quedamos por un solo momento sin la fe; lanzaos en el abismo tempestuoso de la incredulidad; negadlo todo, rechazadlo todo, y decidme despues: ¿Qué es nuestra alma? ¿Queréis saberlo? Pues yo os lo diré.

Un hombre sin fe es una tierra estéril y pantanosa que ningun fruto puede producir, y si alguno produce, será de desórdenes y de abominacion. Su memoria se presenta siempre en el estado que está la imaginacion, abrumada bajo las reminiscencias de un suelo fatídico ó de una sangrienta pesadilla: su entendimiento es una de esas noches tenebrosas donde no hay más que tinieblas, y donde, si se divisa alguna luz, es la del rayo, que destruye y vuelve á sepultarnos en la más aterradora oscuridad: su voluntad es nada, absolutamente nada; y si es algo, es solamente una máquina movida por la concupiscencia é inclinacion al mal que le empuja y arrastra hasta el abismo de su perdicion. En cuanto á los sentidos, el hombre es un autómeta, una figura que carece de todo movimiento: tiene, como dice el Profeta, ojos y no vé, oidos y no oye, piés y no anda, manos y no toca, lengua y lábios, y no puede hacer escuchar su voz. Y en cuanto al cuerpo, es anticipadamente en vida lo que luego es despues de la muerte; una sentina de hediondez, de corrupcion y de podredumbre: desgraciado, pero muy desgraciado en toda la extension de la palabra; desgraciado en el tiempo y más desgraciado en la eternidad.

Y recuerdo ahora, para comprobacion de esta verdad, que hace algunos años un incrédulo de moda me dirigia á mí la siguiente observancia: *Los creyentes son Vds. muy felices*. Aunque esto en sus lábios era un sarcasmo, decia bien: con esta reflexion ponía en relieve toda la infelicidad de los incrédulos y toda la dicha de los que creen; y sin quererlo daba testimonio fehaciente de la necesidad de nuestra fe. De la fe voy á hablar en el presente discurso; pero os hablaré de la fe con relacion á Maria Santísima y con relacion á nosotros mismos; os pintaré á la Virgen bienaventurada porque creyó, y nosotros, desgraciados, porque no creemos; en una palabra:

Maria Santísima es un modelo tan acabado de fe, que puede decirse que es un monumento de esta virtud: nosotros, tan débiles y tan imperfectos en la fe, que puede decirse somos la incredulidad.

La fe, cristianos, es creer lo que no vemos, y sólo por el testimonio del que habla; principio verdadero de la existencia moral del mundo y necesidad apremiante del individuo y de la sociedad.

Y tanto, que si arrancamos del mundo la fe, habremos quitado de él la legislacion, las ciencias, las artes, la historia, el órden, la tranquilidad, la honradez y todo, y habremos llevado el universo á su completa ruina y desquiciamiento. Por eso los trastornadores de oficio, esos satélites del demonio que tienen en conmocion á los imperios, se han valido y se valen del arma más poderosa para ello, que es arrancar de las almas la fe divina, la fe católica. Arrancada la fe católica, desaparece el sentimiento religioso, y con éste toda idea de nacionalidad y de grandeza, de virtud y de heroismo, y el altar se conmueve, los tronos se desploman, las tradiciones gloriosas son relegadas á la fábula, y los pueblos sin fe no son otra cosa que lo que es una paloma entre las garras de una hiena; sangre, desolacion y anarquía. La Europa de hoy habla demasiado alto para que yo tenga necesidad de esforzarme mucho.

La sociedad, el universo, el individuo, descansa y subsiste sobre la indestructible base de la fe humana. ¿Y dónde tiene su principio la fe humana? En la fe divina: en ese obsequio racional que, en lenguaje del Apóstol, nosotros ofrecemos ó debemos ofrecer á la majestad de Dios. *Rationabile obsequium vestrum*. Obsequio le llama San Pablo, y con razon, porque practicando esta virtud le tributamos el homenaje cumplido de nuestra alma, así como sin ella es imposible agradarle. Y si con la palabra *obsequio* damos á entender un acto agradable, con la palabra *racional* significamos la sumision, la adhesion íntima de nuestra razon y luces naturales á las verdades supremas que Dios ha revelado, y que la Iglesia explica cuándo, cómo y de la manera que nos conviene. Don divino que no tiene su principio en nosotros, sinó en Dios, que le infunde en el corazon del hombre; virtud sobrenatural que, inclinándonos á abrazar verdades incomprensibles, pero innegables, hace que nuestras almas peregrinen por este valle de lágrimas con la misma tranquilidad que la majestuosa figura de Jesus marchaba sobre las agitadas olas del lago de Tiberiades. Pero ¿no hay más que la veneranda doctrina de los teólogos moralistas apoyada con el infalible testimonio de Jesucristo, de los Apóstoles y de la Iglesia, que pueda decirnos lo que es la fe divina? ¿No habrá en el basto campo de la Escritura Sagrada figuras ó símbolos ó proféticas sentencias que puedan anunciarnos esa virtud, que constituye la union de los que la practican y la unidad de la Religion que profesamos? Observemos.

La fe, señores, está anunciada en aquel arco misterioso, iris de variados colores, cuyos extremos, uniendo los cielos con la

tierra, indican la íntima alianza que con el amor y con la piedad establece el Criador con las criaturas. Maria Santísima, por su fe, sólo por la fe, es un arco iris que hace el Omnipotente unirse con el hombre miserable, á pesar de todas sus aberraciones: ese arco es la fe, en los primeros años de la Virgen, y sus colores, sus bandas luminosas, son las verdades fundamentales de toda la fe, aceptadas, reconocidas y adoradas por Maria Santísima desde que aparece sobre la tierra. La fe es aquella zarza que siempre arde y nunca se consume, desde donde la majestad de Dios habla y se comunica á Moisés. Esta zarza incombustible es Maria, es el corazón de Maria, donde por la fe reside, y habla, y se recrea la Trinidad augusta, dirigiéndose á la Señora de esta manera: *Beata quæ credidisti*. «Bienaventurada porque has creído.» La fe es aquella columna de nube, constante favorecedora del pueblo de Dios en su trabajosa peregrinación; cortina de apacible transparencia, que de día modifica los rayos abrasadores del sol, y antorcha consoladora que de noche los libra de la oscuridad de las tinieblas. Decidme si en Maria Santísima, colocada entre el cielo y la tierra como medianera de intercesión entre Dios y los hombres, depositaria dignísima y escogida de la fe sobrenatural y divina, no se vé también la realidad de aquella columna de nube que á su sombra sostiene nuestra fe, librándola del fuego abrasador de las pasiones, y la centella de una luz indeficiente que nos acompaña y nos ilumina en la sombría noche de la duda, de la incertidumbre y de la incredulidad.

La fe es el *Sancta Sanctorum* donde el pueblo de Israel cree ver, aunque no le vé, oculto en una nube al poderoso Jehová, Maria Santísima es el *Sancta Sanctorum*, y es la nube y es la fe, porque este don sobrenatural, infundido en su alma; como no lo hubiera sido en los Angeles, y practicado por la Señora como no lo practicó ni lo practicará jamás pura criatura, hizo á la Divinidad descender á sus entrañas, acomodarse en ellas á nuestras miserias, y comunicársenos con la carne y la sangre que había tomado de nosotros. *Lucerna lucens in caliginoso loco*. Antorcha que brilla en un lugar de tinieblas, dice San Pedro que es la fe.

La fe de Maria brilla más que el sol, más que los astros; es superior á los resplandores de la gloria, y reduce á tinieblas la fe de los justos y de todos los pueblos creyentes. La fe de Maria Santísima es para nosotros como aquel luminar bendito donde en cierta época del año se encienden todos los demás que han de lucir en el templo del Señor.

Lucaat lux vestra coram hominibus, dice por fin el mismo Jesu-

cristo, *ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum qui in caelis est*. Luzca vuestra luz en presencia de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen al Padre que está en los cielos. ¡Pintura magnífica de la fe, como hecha por el Salvador, donde se nos explica la necesidad del ejercicio de esta virtud, la imposibilidad de que viva sin buenas obras y la gloria que con ella damos á Dios! Decidme si Maria no es la fe con todos los requisitos con que el Salvador la enriquece. La fe de Maria luce en presencia de los cielos y de la tierra; sus buenas obras, sus virtudes, su santidad, excantan á los Angeles, admiran á los hombres y estremecen á los demonios; y Ella sola, sola Maria Santísima, dá más gloria á Dios que todas las criaturas creadas é increadas, sensibles é insensibles; Maria es nuestra luz, porque es el modelo de nuestra fe.

Pero basta de Escritura, y vamos á escuchar á los panegiristas de la Virgen. Santa Isabel es la primera que canta la fe incontestable de su prima en las palabras que nos sirven de texto. *¡Beata! Bienaventurada. ¿Y por qué? Quæ credidisti*. Porque has creído. *Perficiuntur quæ dicta sunt tibi á Domino*. Porque se realizará todo lo que te ha dicho el Señor. «Maria, dice San Ireneo, repara con su fe todo el daño que hizo Eva con su incredulidad.» «Maria, prestando su asentimiento á la Encarnación, dice San Agustín, abrió con su fe las puertas del cielo á todos los hombres; y más dichosa fué Maria, continúa en percibir la fe de Cristo, que en concebir la carne de Cristo.» «Maria por su fe dice San Metodio, es la luz de todos los fieles.» «Maria, dice San Cirilo de Alejandría, es la Reina de la fe; la Iglesia, por el mérito de su fe, atribuye á la Virgen la extirpación de todas las herejías.» *Cunctas haereses sola interemisti in universo mundo*.

La fe, os diré para concluir lo que pertenece á Maria Santísima, la fe de Maria fué un asombro de la naturaleza creada y un prodigio patente del amor divino: en grado tan perfectísimo tuvo y practicó la Señora esta virtud, que satisfizo á Dios por la falta de fe que habian de tener los hombres. «Tal fué, dice una historiadora muy amada de la Virgen; tal fué la virtud de la fe en la Bienaventurada Madre de Jesucristo, que si sola Ella hubiera existido en el mundo, solamente por Ella hubiera el Sér Supremo criado y fabricado la virtud de la fe (1).» ¡Pensamiento sublime que presenta á nuestros ojos á Maria Santísima como la Reina de

(1) Mag. Agreda: Mist. Ciud. de Dios.

la fe, y como la Maestra, modelo y ejemplar de los Patriarcas, Profetas, Apóstoles y mártires y de todos los creyentes, sin exceptuar la que habrían tenido todos los gentiles si ellos aceptaran las luces del Evangelio, y todos los incrédulos y los herejes si volvieran al camino de la verdad! Y porque el ejercicio de esta virtud en Maria Santísima fué incomparable, por eso es tambien incomparable su recompensa, por eso es bienaventuradamente dichosa: *Beata quæ credidisti*, y por eso se realiza y perfecciona en Ella cuanto la estaba dicho y prometido por el Señor: *Perficietur in te quæ dicta sunt tibi à Domino*. ¿Y nosotros? ¿Tenemos fe? ¿Agradamos á Dios? ¿Imitamos á Maria? Considerémos.

Fides sine operibus, mortua est, dice absolutamente hablando el Apóstol Santiago: doctrina en que se apoya la de la de la Iglesia al condenar justamente el error de los protestantes, cuando aseguran que la fe por sí sola justifica. Doctrina consoladora que en pocas palabras enseña lo poco que el hombre necesita para ser feliz, que es *creer y obrar*; pero doctrina desgarradora para nosotros que, al comparar la fe de que habla el Apóstol y la fe de Maria Santísima con la nuestra, nos convence de que somos la negacion de la fe, de que somos la misma incredulidad. Duros y de corazon incircunciso, como decia San Estéban á los que le apedreaban, resistimos al Espiritu Santo, y con tanta mas criminalidad, cuando al decir con los labios que creemos, manifestamos con las obras que mentimos. Perdonen esas almas modestas y retiradas que, teniendo en su alma inextinguible el fuego de la fe, evangelizan la paz, evangelizan el bien, llevando sus pasos siempre por los senderos hermosos de la ley santa del Señor. Tal vez á ellas debamos el que el Señor no haya descargado sobre nosotros todo el castigo que merecemos. Pero nosotros, ¿qué fe tenemos? Responda por mí la observancia de los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia; la frecuencia de los sacramentos, la práctica de la virtud y el aborrecimiento de los vicios. Respondan las befas ridículas y sacrílegos escarnios que pública y privadamente se hacen á las doctrinas, ceremonias y misterios de nuestra adorable Religion: díganlo, esas persecuciones que sufre la Iglesia en casi todo el mundo, desenmascaradas en unas partes, hipócritamente en otras, y sostenidas las más por potentados ambiciosos y descreídos que tienen el Catolicismo en los labios y la impiedad en el corazon. Respondan las amargas lágrimas de Pio IX, venerable Pedro que confirma á sus hermanos en la fe, que abre los cielos y entornece las almas con la oracion, y de cuya fe dependen, y nosotros lo esperamos, el suspirado remedio de tan amargos males y el cam-

bio inesperado de los acontecimientos de la tierra. Respondan el encarcelamiento de los Obispos, la proscripcion y la matanza de los sacerdotes, las violaciones y atropellamiento de las vírgenes consagradas al Señor, la rapiña y el despojo de que en lo espiritual y lo temporal está siendo victima la Iglesia en el flamante siglo XIX. (1)

¿Tenemos fe? Responda entre nosotros esa educacion perversa, la base de cuya elegancia consiste en la incredulidad, en la indiferencia y en el escepticismo: esos papeluchos impíos, en que, envueltos en el sudario de una incomprensible perorata, se dejan caer entre las gentes sencillas errores los más detestables, errores que se oponen á la Religion, á la conciencia y al sentido comun. Respondan en nuestra católica España ese abandono y empobrecimiento de nuestras iglesias, esos robos sacrílegos de nuestros templos, que siempre se estrañan, que todos los dias se anuncian, y que nunca ó pocas veces se castigan. Y muy cerca de nosotros, todos los dias y á todas horas, ese lenguaje irreligioso, esas blasfemias horribles que se escuchan con estremecimiento, se lloran con lágrimas de corazon, y no se pueden extirpar porque vivimos en una época en que se redimen con el dinero las más execrables ofensas á Dios (2).

¿Tenemos fe? Responda nuestra conciencia: contesten nuestras obras: ¿dónde está el perfecto amor á Dios, el entrañable amor al prójimo, el perdon de las injurias, la restitucion de lo mal habido, de la fama violada, la pureza de las costumbres, el arrepentimiento de la culpa, y todas las obras que justifican que es viva y verdadera nuestra fe? ¿Dónde está nuestra fe? Temeridad culpable seria la del que, conservando todavía en su corazon un poco de temor de Dios, se atreviera á decirnos que tiene verdadera fe. Creemos, es verdad, pero no obramos, y *fides sine operibus, mortua est*. Creemos, pero no obramos, y esta fe no es el obsequio racional con que nosotros podemos agradar al Señor.

(1) Desdichadamente esto es una verdad; y España no tiene mucho que echar en cara á las naciones perseguidoras de nuestra fe. Dígalo la prensa anticatólica de hoy; la sacrílega hecatombe de 1834; el horrible asesinato del Dr. Vinuesa en 1821, y, por último, la *caritativa y delicada* proscripcion de los Jesuitas Españoles por el *magnánimo* y muy *piadoso y volteriano* Rey Carlos III, que con este solo acto nubló todas las glorias de su reinado.

(2) El Código penal castiga, si mal no recuerdo, la blasfemia con multa de 60 rs: de manera que el que tenga poca religion y mucho dinero, puede blasfemar á sus anchas. Pero bueno seria que la ley fuera una verdad, y no una letra muerta.

¿Tenemos fe y la acompañan las obras? pues esperemos que Dios nos consolará de nuestras aflicciones, conservando la fe en nuestra patria, en nuestras familias, en nosotros mismos; y no sólo la conservará, sino que la aumentará dándonos la gracia de perseverar, para que por la profesion práctica de la fe obtengamos la salvacion. *Qui perseveraverit, salvus erit.*

¿Tenemos fe pero no tenemos obras? Pues temblemos: sobre nosotros está pendiente el anatema de Jesucristo, Dios y hombre, que por San Márcos nos dice: *Qui veró non crediderit, condemnabitur.* El que no creyere, se condenará. Se condenará en el tiempo, porque Dios permitirá que nos quedemos sin fe; que la de unos reinos sea trasladada á otros que mejor lo merezcan; que la fe, lanzada ignominiosamente del corazon de los católicos, vaya á albergarse pacíficamente en el alma de los salvajes; y ¿quién sabe si acontecimiento tan lamentable nos amenazará á nosotros? *Condemnabitur.* Se condenará tambien en la eternidad, porque la fe sin las obras es fe muerta; porque sin la fe es imposible agradar á Dios: porque el desagrado de Dios es el pecado; el pecado es la muerte del alma, y la muerte del alma no es otra cosa que nuestra propia condenacion.

Pero aun hay tiempo. Maria es la Maestra y la Reina de la fe: tenemos en la Señora las dos cosas más esenciales para la adquisicion y la conservacion de esta virtud tan hermosa como necesaria: el *ejemplo* y la *intercesion*. Procuremos imitarla, pidiendo á Jesus por su intercesion la gracia que necesitamos para ella: amémosla de todo corazon, que si así lo hacemos; como Madre de misericordia nos comunicará un átomo de la fe de su bendita alma, que iluminándonos en el mundo, nos abra, despues de la muerte, las puertas eternas de la gloria. Así sea.



DISCURSO XVII.

Esperanza de Maria Santísima.

*Spes mea ab uberibus matris meæ.
Mi esperanza desde los pechos de
mi madre.*

(David, xxi, 10.)

Vita, dulcedo, et spes nostra.

(Salve Reg.)

HAY un sentimiento innato en el corazon del hombre que, como dice bien el Salmista Rey, le acompaña desde el vientre de su madre: sentimiento que, vigorizado y sostenido en fuerza de las difíciles circunstancias que acompañan al hombre en este valle de lágrimas, viene á ser por último un acto que se principia y se completa sucesivamente dentro de la misma voluntad. Es la esperanza. La esperanza, cristianos, que, segun frase de un religiosísimo escritor francés (1), es nuestra más constante amiga; es la que en la niñez nos toma de la mano de nuestras madres, nos acompaña á donde quiera que vamos, y no pocas veces siembra de flores los caminos erizados de abrojos que tenemos que recorrer antes de entrar en el valle de las sombras de la muerte. La esperanza cierto es que, participando de la naturaleza de nuestros sueños, nos coloca muchas veces en una tierra de encantos y delicias; pero tambien es verdad que la esperanza no fundada en una base indestructible, y dirigida por caminos indebidos, mata la vida del corazon con el veneno de los desengaños, y arrastra al alma al abismo de la desesperacion. «¡Ay del hombre que en el hombre fia!» exclama el soberano más sábio que han conocido los siglos; y con este grito inspirado empieza por per-

(1) Orsini: *Flores del cielo.*
Advocaciones